

RUFO GARCÍA, JUAN (1547 – 1620)

SONETOS

INDICE:

A una hermosísima señora

Soneto

Al Marqués de Militelo, el día que se ciñó espada

Soneto

A un gran caballero, animándole en su pretensión, que era de alcanzar la llave dorada

Soneto

A Don Diego de Silva, Conde de Salinas

Soneto

A Don Alfonso Idiáquez, General de la Caballería de Milán

Soneto

A Don Martín de Córdoba, Marqués de Cortes y Presidente del Real Consejo de las Órdenes, estando con una peligrosa enfermedad

Soneto

A Don Antonio Venegas, Inquisidor de Granada y Canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, loando su gran constancia en defender un amigo suyo que estaba preso y afligido

Soneto

A Don Cristóbal de Mora, Conde de Castilrodrigo, cuando su magestad le hizo Sumiller de Cors de V. A.

Soneto

Al señor Archiduque Cardenal

Soneto

Alabanzas de la comedia

Introdúcese hablando un representante

A Don Pedro de Carvajal, Deán de Toledo, en reconocimiento de habelle sido valedor cuando salió de la corte pobre y desfavorecido

Soneto

A una hermosísima señora

Di, Ana, ¿eres Diana? No es posible,
pues tienes fruto y eres más hermosa.
¿Eres por dicha el sol? Tampoco es cosa
al femenino sexo compatible.

¿Eres Belona? No, que fue terrible;
ni Venus, que era fácil, aunque diosa,
Pues, ¿qué serás, ¡oh imagen milagrosa!,
si el ser humana y tal es increíble?

Serás, luego, Diana en la pureza,
Febo en el resplandor y la armonía,
en valor, Palas; Venus en belleza,

y mujer a quien dio más que podía
la docta y liberal naturaleza,
que, en hacerte, más hizo que sabía.

Al Marqués de Militelo, el día que se ciñó espada

Ya que tu juvenil rostro severo
con viriles matices se guarnece,
cual tierna planta que en Abril florece,
manifestando el fruto venidero,

ya que del gran Filipe el heredero
huelga en ver que a tu lado resplandece
la que rayo de Júpiter parece,
o espada de aquel dios que viste acero,

¡oh buen Marqués!, del ocio te defiende,
que basta a hacer vidrios los diamantes
y heroicas almas sepultar en yelo.

Ésa que ciñes con tu esfuerzo estiende,
y domarás sacrílegos gigantes,
que montes y armas juntan contra el cielo.

A un gran caballero, animándole en su pretensión, que era de alcanzar la llave dorada

Si ofrece la virtud gloriosos nombres,
y sobre las estrellas tiene silla,
tú, que nunca dejaste de seguilla,
aunque desdenes sufras, no te asombres.

El Casto, el Sabio, el Magno son renombres,
de tres Alfonsos reyes de Castilla,
que fueron en el mundo maravilla;
no sólo luz y espejo de los hombres.

Tú, pues, Alonso illustre, a quien la fama,
conforme a humanas y divinas leyes,
títulos semejantes solícita,

mientras abrir no puedes, cursa y llama;
que bien es digno de servir a reyes
el que en sangre y costumbres les imita.

A Don Diego de Silva, Conde de Salinas

Exhortando a hazañas peregrinas,
a la cesárea mesa está sentado
del príncipe Ruy Gómez el traslado,
por sucesivo conde de Salinas;

mas, corriendo del velo las cortinas
a la causa de verse tan honrado,
con generosa invidia transportado,
puntas al pecho siente diamantinas.

Y así, a los pies del sucesor de España
forma, con el debido acatamiento,
estos de fortaleza acentos llenos:

«No puede carecer merced tamaña
de propio y verdadero sentimiento,
por ver que de servicios nace ajenos.»

A Don Alfonso Idiáquez, General de la Caballería de Milán

Mientras nuevo en el mundo areopagita,
tu padre dignamente le gobierna,
con tanta rectitud, que fama eterna
nos deja en bronce su memoria escrita,

tú, nuevo Godofredo, resucita
la santa empresa con virtud paterna.
y el sepulcro de Cristo desinfierna;
que infierno es el poder del falso Scita.

¡Oh par sin par, oh gloria de españoles,
cuyo gobierno, cuyo brazo espanta,
a la cruel invidia, en paz y en guerra!

Por vos Cantabria a Delo se adelanta;
que, madre destes hijos, ya no es tierra,
sino felice Oriente de dos soles.

*A Don Martín de Córdoba, Marqués de Cortes y Presidente del
Real Consejo de las Órdenes, estando con una peligrosa enfermedad*

Magnánimo señor, a cuyo nombre
el Turco altivo y el adusto Moro
tiemplan del niño el importuno lloro
cuando quieren que calle y que se asombre,

y en cuyos hechos de inmortal renombre,
de tu esfuerzo y virtud rico tesoro,
duda de Febo el resonante coro
si eres el mismo Marte, o si eres hombre,

pues que por no temer eres temido,
y temido pareces más que humano,
seguro escaparás de un mal tan fuerte.

Porque el doliente mísero afligido
no hay dolor que le entierre más temprano
que los incautos miedos de la muerte.

*A Don Antonio Venegas, Inquisidor de Granada y Canónigo
de la Santa Iglesia de Toledo, loando su gran constancia
en defender un amigo suyo que estaba preso y afligido*

Al yelo, al aire, al agua y al sereno
en la aspereza del invierno frío,
y al ardiente rigor del seco estío
cuando teme a Faetón el gran terreno,

rogar te vimos de templanza lleno,
solícito Venegas y Eneas pío,
con tal piedad, que atrás volver un río
pudieras, y a la invidia poner freno.

La del tiempo, que acaba grandes cosas,
sus injurias sufriendo con firmeza,
venció tu fama, y suspendió al Leteo.

Honre mitra tus sienas religiosas,
¡oh ejemplo de amistad y fortaleza!,
y cíanlas diamantes por trofeo.

*A Don Cristóbal de Mora, Conde de Castilrodrigo,
cuando su magestad le hizo Sumiller de Cors de V.A.*

Ya vas siendo retrato del primero:
en tronco firme estribas de justicia,
llevando al hombro la real primicia,
del gran Filipe imagen y heredero.

Ya triunfas de la invidia, monstruo fiero;
ya arrastras por el suelo la malicia,
pues que tal majestad tienes propicia,
y tanta parte en pecho tan entero.

Hallaste el punto de modesto y grave,
de sabio humilde y poderoso justo;
fortuna a tu razón está subjeta.

Y así, el Rey que de Fe rige la nave,
un hombre dice que halló a su gusto,
como ya dijo Dios por el Profeta.

Al señor Archiduque Cardenal

Mil veces a cantar tu nombre aspiro,
tu inviolable virtud, tus obras santas
¡oh magnánimo Alberto!, y otras tantas
al claustro del silencio me retiro.

Vuelvo a mirarte, y con razón me admiro
de ver sobre el zenid tus sacras plantas;
y al fin mi ingenio rústico levantas,
a celebrar cantando el bien que miro.

¡Oh limpia juventud! ¡Oh pecho a prueba,
del atrevido Inglés espanto eterno,
purpúreo Fénix con real decoro!

¡Süave voz, que los tenores lleva
al un Filipe y otro en el gobierno,
que es de la Fe la llave y el tesoro!

*A Don Pedro de Carvajal, Deán de Toledo, en reconocimiento de
habelle sido valedor cuando salió de la corte pobre y desfavorecido*

Pues que por tu clemencia y alma pía,
Deán illustre, gloria de tu nombre,
hoy gozo de la luz y de ser hombre,
yo que a manos de fieras perecía,

esta vida consagro, que no es mía,
para que en siglos mil tuya se nombre:
blasón humilde a tu inmortal renombre;
pequeña oferta a tanta cortesía.

Alábente las lenguas elocuentes;
celébrese las plumas elegantes;
mármoles eternicen tu memoria;

pues cuando no hay amigos ni parientes,
tú solo al mundo ejemplo de observantes,
llevas de mis desdichas la vitoria.

LAUS DEO

